

Los degolladores de estatuas

Comedia en un acto

PERSONAJES:

NÉLIDA	TITA	PAYASO	SOLDADITO	LENCY
MAMÁ	MUCAMA	VIGILANTE	COMISARIO	

(La escena representa un saloncito de niños de casa rica. Hay dos estatuas. El PAYASO está sentado adornando un sofá. La LENCY, sentada sobre un almohadón, está en el suelo; el SOLDADITO, sobre una peana parado a un metro del PAYASO).*

NÉLIDA: —¡Tita! ¡Tita! Ven, ponte el sombrero, vamos a salir enseguida; Mamá nos espera en el auto.

TITA *(desde adentro)*: —Voy...

NÉLIDA: —¡Este payaso... está siempre torcido!... *(Lo arregla)*. El soldadito... Ah, que se quede ahí, no es su sitio... pero...

TITA *(saliendo con el sombrero puesto)*: —¿Con quién hablas?

NÉLIDA: —Con nadie, miraba nuestros muñecos.

TITA: —La más simpática es mi Lency... ¡Maravillosa!

NÉLIDA: —Yo prefiero mi payasito...

TITA: —¡Pobre soldadito, que nadie lo prefiera!...

NÉLIDA: —Vamos, Tita, es tarde.

TITA: —Andando.

NÉLIDA: —Adiós, muñecos queridos.

TITA: —Adiós.

NÉLIDA: —¡Mirad que la casa queda sola! ¡Mucho juicio*!

(Queda la habitación en silencio y al rato comienza a sonar una cajita de música, a su sonido los muñecos cobran alma y comienzan a moverse).

PAYASO: —Se han ido todos. Soldadito, despiértate.

SOLDADITO: —Ya lo he oído. ¿Crees tú que soy sordo?

PAYASO: —Y la Lency, ¿siempre idiota?

LENCY: —La Lency también ha oído, ¿qué te piensas, payaso pretencioso?

PAYASO: —Me alegro, estaba cansado de quedarme mudo. Somos unos verdaderos esclavos.

LENCY: —Los seres humanos juegan con nosotros. Creen que no tenemos alma.

SOLDADITO: —¡Tenemos alma! Tenemos alma y yo sé mover mi espada.

LENCY: —Y yo me hago sola los rulos.

PAYASO: —Y yo me arreglo solo con la corbata. Pero nadie lo sabe. Creen que no tenemos alma. Estamos condenados a estar en esta sala adornando los muebles.

LENCY: —Solo podemos hablar cuando no hay gente.

SOLDADITO: —Yo tengo tanto, tanto miedo de hablar delante de mis amos. Me parece que se reirían de mí.

LENCY: —¡Yo creo que me sacarían todo el aserrín* que tengo!

PAYASO: —Eso, eso Lency, nos sacarán el aserrín, porque yo también tengo el cuerpo relleno de aserrín.

SOLDADITO: —Y a mí me romperían a pedazos mi piel de madera.

PAYASO: —No es de madera tu piel, es de cartón, de vulgar cartón.

SOLDADITO: —¡Y tú no tienes aserrín! ¡Estás relleno de trapos!

PAYASO: —Mentira, ¡tengo aserrín!

SOLDADITO: —Tienes trapos, trapos.

PAYASO: —¡Mira que te pego!

SOLDADITO: —¡Acércate! Te degollaré la corbata.

PAYASO: —Y yo... te arrancaré uno por uno los botones.

SOLDADITO: —No, mis botones no. Mátame, pero no me arranques los botones.

PAYASO: —Y tú degüéllame, pero no me arranques la corbata.

LENCY (*se levanta de su almohada caminando con movimiento mecánico*): —He hecho un esfuerzo para caminar y acercarme a este payasito provocador. Hermanos muñecos... no hay que pelearse... armonía entre nosotros. A ver... a ver... hay que darse la mano.

SOLDADITO: —No alcanzo.

PAYASO (*haciendo lo mismo desde su sofá*): —Yo tampoco...

LENCY (*al SOLDADITO*): —Haz un esfuerzo. Bájate de la peana y camina.

SOLDADITO: —¡Me cuesta tanto! Siempre estoy tieso sobre este redondel.

LENCY: —Vamos, deja esa peana y avanza hacia el payaso. A ver... uno, dos, uno, dos, eso es. Ahora dale la mano al payaso.

PAYASO: —Hermano soldadito, te quiero mucho. (*Le da la mano*).

SOLDADITO: —Payasito, payasito, te envidio la corbata.

PAYASO: —Y yo la espada. ¡Es tan bonita! De noche, cuando estamos solos, brilla como un pedazo de luna.

LENCY: —¡No te pongas romántico, payaso!

PAYASO: —¡Sufro, sufro! No puedo ser libre. ¡Esclavo!, ¡esclavo!, esclavo siempre aquí.

SOLDADITO: —Y si nos libertáramos unos minutos, nada más que unos minutos. Hacer lo que se nos da la gana.

LENCY: —Yo he soñado siempre con viajar en un gran buque, sentada en un piano de cola.

PAYASO: —Y yo con sentarme en la luna y fumar allá arriba en una pipa de oro.

SOLDADITO: —¡Y yo con emplear mi espada defendiendo a los débiles!

PAYASO: —¡Cómo me gustaría hacer una revolución! ¡Una revolución! ¡Y que no quedara títere con cabeza!

LENCY: —¡Bravo, bravo, payasito, bravo! Hagamos una revolución.

SOLDADITO: —¡Sí, sí, una revolución! ¡Aquí está mi espada! ¡Libertémonos, libertémonos, matememos a alguien!

LENCY: —Alguien que no tenga sangre y no sufra... ¡No me gusta ver sangre!

SOLDADITO: —¡Aquí está mi espada! ¡Degollemos a las estatuas!...

LENCY: —¡Sí, sí, degollemos a las estatuas!

SOLDADITO: —¡Ponte de pie, payaso; te ayudo, vamos!

LENCY: —Uno, dos, uno, dos... (*El PAYASO se pone de pie y camina*). Así, muy bien; ya caminas bien.

PAYASO: —Ya estoy... Ya ven, camino perfectamente. ¡Yo mando!

LENCY: —¡En alto la espada!

SOLDADITO: —¡Adelante!

PAYASO: —¡Bim, bom!...

TODOS: —¡Bim, bom! (*Caminan en dirección a una estatua, en fila*). ¡Bim, bom; bim, bom!...

SOLDADITO (*parándose frente a la estatua*): —¡Te degüello, estatua!, ¡paff!... (*Le hace saltar la cabeza con su espada*).

LENCY: —¡Cayó la cabeza!

TODOS: —¡Bravo! ¡Bravo!

LENCY: —¡Ahora esa otra!

PAYASO: —¡Avancemos!

TODOS (*dirigiéndose hacia la otra estatua*): —¡Bim, bom, bim, bom!... (*Se paran ante la otra estatua*).

SOLDADITO: —Te degüello, estatua, ¡paff!... (*Le hace saltar la cabeza*).

PAYASO: —¡Cabeza al suelo!

TODOS: —¡Bravo! ¡Bravo!

LENCY: —¡Ahora, a degollar a las estatuas del jardín!

PAYASO y SOLDADITO: —¡Al jardín, al jardín!...

LENCY: —¡Cuidado!... ¡Oigo ruido, vuelven nuestros amos!... ¡Los siento!

PAYASO: —Es verdad, cada uno a su sitio, a callar como siempre, ¡rápido!

(*Los tres se acomodan en el sitio que tenían al comenzar la obra y guardan su actitud de muñecos. Cesa la música.*)

LENCY (*desde su sitio*): —¡Ya era hora!

PAYASO (*con tristeza*): —¡Ya somos muñecos!...

TITA (*entrando con NÉLIDA*): —¡Qué fastidio, el tiempo!

NÉLIDA: —¡Caprichosa! ¡Era mejor volver!

TITA: —Claro, sabes lo que asustan tus ataques de asma. Pero, por lo demás, vamos a tener una tarde muy aburrida.

NÉLIDA: —Consentí por Mamá, no por ti.

TITA: —¡Oh, no tanto! Tengo unos preciosos cuentos nuevos, te invito a leerlos.

NÉLIDA: —Qué otro remedio me queda.

TITA: —Voy a buscarlos. (*Va a salir y se da cuenta de las estatuas degolladas.*)

¡Toma!... ¡Las estatuas sin cabezas!

NÉLIDA: —¿Cómo?...

TITA: —¡Mira las cabezas!

NÉLIDA: —¡Alguien ha entrado aquí!

TITA: —¿Pero por dónde?

NÉLIDA: —Las puertas quedaron bien cerradas. Mamá misma las revisó. ¿Qué puede haber ocurrido?

TITA: —¡Mamá, Mamá!...

NÉLIDA: —No la asustes.

TITA: —¡Estoy muerta de miedo! ¡Mamá!

MAMÁ (*entrando*): —¿Qué pasa?

TITA: —Mira, Mamá: ¡les han cortado la cabeza a las estatuas!

MAMÁ: —¿Quién? ¿Cuándo? ¡Oh!...

NÉLIDA: —En el ratito que dejamos sola la casa, recién.

TITA: —Sí, porque antes de salir yo estuve aquí y las estatuas estaban sanas.

MAMÁ (*tocando un timbre*): —¡Pero... es inaudito!

MUCAMA (*entrando*): —Señora.

MAMÁ: —Revise bien todas las puertas y las ventanas a ver si hay alguna violentada... Alguien ha entrado aquí, por lo visto, ¡y les ha hecho saltar las cabezas a las estatuas!

MUCAMA: —Ay, qué susto, voy corriendo.

NÉLIDA: —¿Qué piensas tú, Mamá, de esto?

MAMÁ: —Alguna picardía, ya lo vamos a descubrir.

TITA: —Llamemos al vigilante que está frente a casa.

NÉLIDA: —Eso es; yo lo llamaré. (*Abre la ventana y toca auxilio en un silbato.*)

MAMÁ: —¡Qué atrocidad! ¡Unas estatuas tan bonitas!

TITA: —¡Eran el adorno de mi saloncito! Yo casi tengo ganas de llorar...

NÉLIDA: —¡Ahí entra el vigilante a casa! Voy a traerlo aquí. (*Sale.*)

MAMÁ: —¡Estas son cosas de algún pillastre*!

TITA: —¡Pero la va a pagar! (*Pausa. Se quedan calladas mirando a las estatuas sin cabezas.*)

NÉLIDA (*entrando con el VIGILANTE*): —Aquí está mi mamá.

VIGILANTE: —¡Muy buenas tardes! ¿Qué sucede?

MAMÁ: —Algo muy raro; mientras hemos salido esta tarde de casa, apenas unos diez minutos, alguien ha entrado aquí y se ha entretenido en cortarles la cabeza a esas estatuas. ¡Vea usted! ¡Habían costado un dineral!

VIGILANTE: —¿A ver? ¡Ah, sí! Tienen la cabeza cortada. (*Mirando las cabezas.*) Ha sido con un hierro, de un golpe, ¡de un solo golpe!

MAMÁ: —No podemos imaginar cómo ha sido.

VIGILANTE: —¿Quedó algún sirviente en la casa?

MAMÁ: —No, la cocinera tenía permiso esta tarde; y la mucama salió con nosotras.

VIGILANTE: —¿No habrá quedado alguien escondido por aquí?

MAMÁ: —Revisé, señor vigilante.

VIGILANTE (*revisando con ansiedad exagerada*): —No, no hay nadie en esta pieza.
(*Entra la MUCAMA*). Voy a ver en la otra.

MUCAMA: —Yo he revisado toda la casa; no hay nadie, y las puertas y las ventanas están como las dejamos al salir, bien cerradas, y no hay ninguna violentada.

VIGILANTE: —¡Este es un hecho misterioso! Tomo nota, señora: diríjase al comisario, y exponga su asunto.

PAYASO (*guardando su actitud de muñeco, deja escapar un grito de pifia**): —¡Jil!...

VIGILANTE: —¿Quién se ha reído? (*A la MUCAMA*). Usted, ¿no?

MUCAMA: —Yo no he abierto la boca.

VIGILANTE: —Pues yo he oído un grito.

NÉLIDA: —A mí también me pareció.

MAMÁ: —Yo no he oído nada.

VIGILANTE: —Bueno, señora: vaya ahora mismo a la Comisaría: yo no entiendo nada de este asunto.

PAYASO (*como anteriormente*): —¡Jil!...

VIGILANTE (*enfurecido*): —¿Otra vez? ¿Quién se ha vuelto a reír?

TITA: —Nadie, señor vigilante...

VIGILANTE: —¡Es la mucama!... ¡Se están burlando de mí!... (*El PAYASO le guiña el ojo al SOLDADITO y el VIGILANTE le pesca la guiñada*). ¡Oh!... ¡Ese muñeco me ha guiñado el ojo!

TITA y NÉLIDA: —¿El payasito?

MAMÁ: —¿Pero, señor vigilante, cómo le va a guiñar el ojo ese muñeco, si es de trapo?

NÉLIDA: —Claro que es de trapo; y no tiene cuerda. Tóquelo.

VIGILANTE: —¿A ver? (*Lo levanta por un brazo, el PAYASO abandona su cuerpo completamente muerto y se queda en la actitud en que lo deja el VIGILANTE*). Es verdad; es de trapo... Las estatuas esas me han mareado la cabeza... Bueno, me voy; entiéndanse con el comisario, señora. Buenas tardes. (*Vase*).

MAMÁ: —¡Buenas tardes!

NÉLIDA: —Ahora estamos como antes.

MUCAMA: —¡Yo no voy a poder dormir esta noche!

TITA: —Ni yo.

MAMÁ: —Pues yo lo voy a averiguar. Vamos a la Comisaría inmediatamente.

MUCAMA: —Corro a decirle al chófer que apronte el auto.

MAMÁ: —Pónganse los sombreros, alcánzame el mío, Nélide; está en mi dormitorio.

NÉLIDA: —Voy. (*Sale corriendo*).

TITA (*poniéndose el sombrero*): —¿Lo tengo bien?

MAMÁ (*se lo arregla*): —Un poco torcido... espera.

NÉLIDA (*entra*): —Acá lo tienes, Mamá. (*Le alcanza el sombrero*).

MAMÁ (*poniéndoselo*): —Vamos, rápido. (*Salen*).

LOS MUÑECOS (*al verse solos*): —¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!... (*Se desternillan de risa*).

PAYASO: —¡Qué gracia!... ¿Viste cómo se enojó el vigilante?

SOLDADITO: —¡Yo estallaba de risa!

LENCY: —Jamás sospecharán que somos nosotros.

PAYASO: —Ahora vendrán con el comisario; ¡cuidado!

SOLDADITO: —Ese ve más que el vigilante.

LENCY: —Nos reiremos también de él... ¡Tengo una idea!... Pongamos las cabezas en su sitio... ¡El susto que se van a llevar cuando las vean!

PAYASO: —Esta Lency es terrible. ¡Tiene cada ocurrencia!...

SOLDADITO: —¡Maravilloso!

LENCY: —Bueno, vamos. Tú, soldadito, cuida esa puerta y avisa si viene la mucama... Tú, payasito, toma una cabeza, aquella, y ponla en su sitio; yo me encargo de esta. Rápido. Soldadito: tú, primero, haz guardia, espía.

SOLDADITO (*camina mecánicamente al tiempo que el PAYASO baja de su sofá, y ambos ponen la cabeza de cada estatua en su sitio*): —¿Ves? Nadie diría que ha sido cortada...

PAYASO: —La mía, lo mismo...

SOLDADITO: —A nuestros sitios. Podría venir la mucama. (*Van hacia su sitio*).

LENCY: —De nuevo oigo voces, ¿qué pasa?

PAYASO: —Se me enredan las piernas.

LENCY: —¡Dios mío, vienen! (*Quedan en sus sitios anteriores*).

MAMÁ (*entra con el COMISARIO y todos los demás personajes*): —¡Qué suerte, señor Comisario!

COMISARIO: —Sí, el agente, como le digo, me encontró en la esquina y me informó del caso; tengo verdadera curiosidad...

MAMÁ: —Gracias, señor vigilante, por su buena voluntad.

VIGILANTE: —Pero ¿qué es esto? Las cabezas están en sus sitios.

TODOS: —¿Cómo?... ¿Qué? ¿Qué es esto?

VIGILANTE: —¿Quién quedó en la casa?

MAMÁ: —La mucama.

MUCAMA: —Señora: yo estuve al lado del auto hasta el momento en que ustedes iban a subir y llegó el señor Comisario. El chófer es testigo. Después he entrado aquí con ustedes.

COMISARIO: —Esta es una burla: la ha preparado la mucama; la muchacha esta siempre me ha tenido entre ojos.

MAMÁ: —La mucama es de mi absoluta confianza; ustedes están mal de la cabeza.

COMISARIO: —No me falte el respeto, señora, porque voy a tomar medidas contra usted.

NÉLIDA: —¿Contra Mamá?... Le saco los ojos.

TITA: —Yo te ayudo, Névida.

MAMÁ: —Habrase visto insolencia...

COMISARIO: —Las personas ricas se creen con derecho a todo...

MAMÁ: —¡Estoy en mi casa, no me levante la voz!

TITA: —¡Échalos, Mamá!

MUCAMA (*al VIGILANTE*): —¡Mamarracho!

VIGILANTE (*a la MUCAMA*): —¡Mulata!

COMISARIO: —¡Todos a la Comisaría! ¡Todos!

(*Salen todos mientras se oyen sus palabras confusas. Al quedarse solos, los muñecos vuelven a estallar en carcajadas*).

TELÓN

Alfonsina Storni, *Teatro infantil*, Buenos Aires, Huemul, 1973.

Peana: base, apoyo o pie para colocar encima una figura, una columna o una estatua.

Juicio: cordura, prudencia, cuidado.

Aserrín: conjunto de partículas que se desprenden de la madera cuando se sierra.

Pillastre: pícaro, pillito.

Pifia: rechifla, silbido de burla.